

Genaro Aguirre Aguilar, 2001, *Los usos del espacio nocturno en el puerto de Veracruz*, col. Textos Universitarios, Universidad Cristóbal Colón, Veracruz, Ver., 93 pp.

NO DEJA DE SER SORPRENDENTE LA RIQUEZA casi inagotable que el puerto de Veracruz encierra para todo aquel que quiera adentrarse en su estudio, sea desde disciplinas como la historia, la antropología y la sociología, sea desde la óptica de la arquitectura, la historia del arte o la comunicación, etc. Por fortuna para los nuevos y futuros investigadores, esta “Babel tropical” frente al Golfo de México da para todos y para todo. Tal es la complejidad de esta “sociedad múcara caribeñizada y carnavalizada”, como la ha bautizado el antropólogo madrileño Juan Antonio Flores Martos,¹ repelente y atractiva a la vez, plagada de sitios “amurallados” por descubrir y conquistar. El reto, desde luego, es poseer suficientes perspectiva y lucidez ante una realidad de suyo envolvente y avasalladora, no dejarse seducir por el canto de las sirenas jarocho, cómodamente instaladas en los lugares más impredecibles de la geografía urbana del puerto.

Así lo entiende Genaro Aguirre Aguilar, autor del libro *Los usos del espacio nocturno en el puerto de Veracruz*, quien, con base en un sólido bagaje teórico-metodológico, se ha lanzado a esta divertida y —quién lo duda— gozosa aventura intelectual por los sinuosos y sensuales territorios nocturnos del Veracruz postmoderno. Esta “exploración de campo”, aclara el autor a aquellos lectores incrédulos de su objetividad ante una realidad tan resbaladiza, lo

llevó a recorrer rutas, itinerarios, espacios, prácticas que el ciudadano porteño ha definido como parte de su cotidiana manera de pasarla “bien” durante los fines de semana; acto que le permite distribuir su tiempo residual (o también llamado de ocio y que le queda al cumplir con el ciclo laboral), para consumir “ciertas” formas de diversión nocturna, a las que podemos reconocer como prácticas culturales.

Sin embargo, advierte Aguirre Aguilar, con una actitud de integridad intelectual poco común, este ensayo no está exento de

tropiezos, escaramuzas, atrevimientos en las argumentaciones que pretenden ser discurso con un aliento académico, pero sin renunciar a la parte lúdica en su narrativa; siempre en aras de aproximarse al lenguaje cotidiano que haga más disfrutable la lectura, pues sólo así consideramos [que] estaremos respetando la herencia de lo cotidiano jarocho.

Por lo demás, aunque a lo largo del texto son visibles los conceptos tomados de la sociología urbana, este trabajo de aproximación a las prácticas socioculturales y a las

¹ Cfr. J. A. Flores Martos, 1999, “Portales de múcara. Una etnografía del puerto de Veracruz”, tesis de doctorado en Antropología Americana, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.

mentalidades de los porteños noctámbulos—precisa el investigador cosamaloapeño—debe inscribirse dentro de los estudios culturales.

Pero, ¿cómo aprehender un espacio “tan intenso y extenso” como es el universo nocturno veracruzano y analizar el uso que los porteños hacen de él en el amanecer del siglo XXI? ¿Cómo explicar, hacia dentro y hacia fuera, un puerto que ha devenido mercancía (“el puerto jarocho es para ser consumido”, define Genaro Aguirre) y que hace un buen rato dejó de ser el “edén con noches tibias y calladas” de Agustín Lara?

Aguirre Aguilar, luego de literalmente vagabundear por cafés, bares, discotecas, *table dances*, restaurantes, plazas públicas, salones de baile y taquerías, nos propone el término “antro”, pero no únicamente aquel que existía en las mentalidades de los habitantes del México “preglobalizado”, es decir, aquel lugar sórdido ubicado en la zona de tolerancia de cualquier ciudad, en el que se encontraban hombres y mujeres de “mala catadura” bailando y bebiendo al ritmo de algún conjunto musical popular, sino el que hoy día representa un “espacio *cuasi*-sagrado [...] dotado de una alta densidad simbólica”, donde “cada actor/usuario, determina rituales, formas de consumo, maneras de operar, de integrarse” al mismo. El antro, aclara el autor, “ha dejado de ser sólo el lugar de mala reputación, para ser un espacio forjador de identidades, es la resemantización de lo público social, es más que un rincón tributario al dios Baco”. El antro, en fin, “deja lo ‘escandaloso’ para dar paso a lo *chic*, y asciende de lo rasposo a lo sublime”.

En la actualidad, para irse por el puerto a *antrear*—término al parecer adoptado por los jóvenes del puerto y la república— y no caer en manos de “expertos” callejeros o taxistas *gandallas*, es muy útil atisbar el mapa nocturno del “*ring side* urbano” elaborado por Genaro Aguirre, donde se trazan “rutas” y “zonas” muy precisas que han sido determinadas por “el consumo y el imaginario social”. En cada zona, desde luego, se encuentran espacios con características muy precisas en tanto “lugares practicados”, que van de lo “nostálgico” a lo “clandestino añorado”, pasando por lo “emergente periférico”. En estos microescenarios llamados antros, donde quedó atrás la “exclusividad viril de la cantina” para dar paso a la diversidad sexual y generacional de actores sociales “emergentes”, el autor aborda aspectos tales como los ritos, las actitudes, los procesos de negociación, los comportamientos, las identidades y la territorialización.

Ésta es justamente la parte medular del trabajo: en ella Genaro “aterriza” todo el instrumental teórico para describir/explicar/interpretar cada uno de estos lugares *non sanctos*, pero sin pretender nunca decir la última palabra sobre ellos, sino dejando que el lector saque sus propias conclusiones. Veamos, a manera de *collage*, algunos de sus puntos de vista. Empecemos con los antros de la “zona centro”.

Sobre El Rincón de la Trova, uno de los últimos reductos del viejo Veracruz y del son montuno, localizado en el callejón de La Lagunilla, el autor nos dice:

El Rincón de la Trova y su gente son la constancia del sentido y las formas de operar de aquellas prácticas particulares que se erigen a propósito de un espacio consagrado al recuerdo. Es designación de un territorio hierático que un puñado de asiduos participantes ha construido para no sólo *estar* sino *ser* a través de este antro que cincela en su cuerpo y su mente una cierta “distinguibilidad”. La misma que se mira en esas vestimen-

tas, intentos de portefino, que demuestran que los *dandys* y las *damitas* hoy todavía son, aun cuando sean diferentes (p. 57).

Sobre la Tasca Colonial, espacio dominado por la *nice people* del puerto, y ubicado en los imprescindibles Portales de Lerdo, a medio camino entre los bares que frecuentan la clase media local y los turistas nacionales y extranjeros, y los bares a los que acuden *embarcados*, homosexuales, *mayates*, travestis, etcétera, Aguirre Aguilar comenta:

muchos de los jóvenes asistentes, han encontrado en ese lugar una suerte de estación nocturna, a la cual llegan, pernoctan unos instantes y van al encuentro de otras realidades. De rasgos finos, guapos ellos y lindas ellas, de buen vestir por donde se vea [...] muchos de estos chavos prefieren ocupar las mesas centrales ubicadas en la parte de afuera del antro [...] lo que les permite ser un centro de atención, además de tener un dominio sobre el escenario: *de allí pueden ver y ser vistos* [cursivas mías] (pp. 52-53).

Ya en la zona también conocida como “la barra más grande del mundo”, Genaro contrapuntea la disco Ocean con el salón de baile Chévere Cocó. En la primera, visitada por jóvenes de cierto “abolengo familiar”, el flirteo se convierte en un rito con leyes no escritas, pero que deben seguirse al pie de la letra, a la manera de una puesta en escena donde a los actores les está estrictamente prohibido salirse del “guión”:

En Ocean los ligues se dan de “común acuerdo”. Los actores desempeñan cada uno su papel para hacer más valdera la noche. No hay sorpresa. No existe contingencia, no hay cruce de caminos afortunados: se entra en el rito del ligue con la ejecución *a priori* de algo que terminará por no ser.

En Chévere, a decir del autor, son las actitudes las que a final de cuentas son importantes, pues aquí:

la armonía entre las parejas de baile puede ser el preámbulo para entrar en la dimensión lúdica de este tipo de situaciones: los juegos de manos van dando cauce a una actitud que terminará por “acodarse” en la proximidad susurrante de un hombre atrevido, pero también de una mujer aguerrida a la caza de un varón que se sabe herido: brazos estrechando los cuerpos, manos recorriendo los muslos por debajo de la mesa, lengua que busca calar en el oído, dedos que recorren las espaldas erizadas, sonrisas que convienen, miradas que denuncian un acuerdo, lenguas que se entrelazan (p. 66).

Por último, Aguirre Aguilar nos introduce a los dominios de los “marginales en el centro” representados por Kokai y Lencerías. Lugar dedicado al *table dance*, allá por el rumbo de la Central de Autobuses, en Kokai de lo que se trata, precisa el autor, es de “mirar-admirar a esas mujeres que toman por asalto la pasarela, reconvertida en sitio para la exposición de una piel desnuda, que se muestra franca, grosera, sedienta, deseable, viva: acción lúdica como texto cultural que muestra apetencias y celos hedonistas”.

Lencerías, ubicado estratégicamente en la avenida Prim, es un lugar donde se materializan ciertas fantasías eróticas masculinas a través de un “ramillete de clisés”; sin embargo, nos advierte Genaro, ahí “no se va a flirtear, ni a ligar, se va allí a tomar cervezas u otro licor y a disfrutar de la presencia de mujeres en lencería. Cual se prefiera: de encajes, con ligeros, *baby doll*, *négligés*, allí se encuentran. Lo importante es llegar”. La ventaja de Lencerías sobre Kokai, destaca el autor, es que “Mientras en un *table dance* ves mucho por poco, aquí por poco tocas mucho, pero a la larga gastas igual”.

Por otro lado, se podría cuestionar la elasticidad del concepto de “antro” para abarcar espacios nocturnos tan disímbolos como los aquí mencionados, aun con todas las semejanzas/diferencias expuestas desde una perspectiva teórico-metodológica muy particular. Sin embargo, *Los usos del espacio nocturno en el puerto de Veracruz*, estoy seguro, representa una aportación fundamental para entender el Veracruz nocturno *profundo*, tan poco comprendido, tan asediado, tan vilipendiado a últimas fechas por la intolerante administración municipal panista de José Ramón Gutiérrez de Velasco y sus “buenos” muchachos. Además, con esta etnografía/sociología de los antros porteños, Genaro Aguirre Aguilar pone al descubierto la doble moral de los sectores conservadores más romos y recalitrantes de la ciudad, a la vez que redimensiona y desestigmatiza los llamados “antros”, espacios nocturnos que más temprano que tarde, ocasional o asiduamente, todos y cada uno de nosotros visitamos cuando de irse de parranda se trata.

*Horacio Guadarrama Olivera **

* Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, Universidad Veracruzana, Xalapa, Ver.